

VITA CONTEMPLATIVA: Gozando del Sumo Bien

*Wilmar de Jesús Acevedo Gómez**

SINTESIS

La experiencia mística y contemplativa ha sido a través de la historia del pensamiento del ser humano una manera de afrontar la búsqueda de la verdad y el Sumo bien. En el presente artículo el lector encontrará una aproximación al tema desde la perspectiva mística de alguien que ha podido acercarse a la experiencia contemplativa en diálogo con uno de los grandes santos de la historia del cristianismo: San Agustín.

Esta reflexión está enmarcada en los que se llaman: diálogos de Casiciaco, reconocidos así por ser las primeras obras que el santo escribió en la población de Casiciaco después de su conversión al cristianismo. El artículo pretende mostrar de manera espontánea desde la vivencia de quien ha degustado de las mieles de la VITA CONTEMPLATIVA que la obra de San Agustín y muy particularmente este periodo en Casiciaco está permeado por el diálogo de la fe con la razón y que el mismo santo logró ser en persona un compendio prodigioso de estos dos modos complementarios de acercarse al conocimiento del mundo y de Dios en un diálogo continuo y enriquecedor.

DESCRIPTORES: *fe y razón, experiencia religiosa, vida espiritual.*

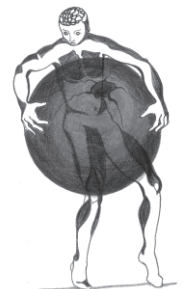
ABSTRACT

The mystical and contemplative experience has been throughout the history of the human thinking one way of facing the search for the truth and the righteousness. In this paper the reader will find an approximation to the topic from the mystic perspective of a person who has been able to approach to the contemplative experience in a dialogue with one of the greatest saints of the history of christianism: San Agustín.

This reflection is outlined in books called: Casiciaco's dialogues, known like that for being the first books the Saint wrote in the town of Casiciaco, after his conversion to the Christianity. This article intends to demonstrate in an spontaneous form from the living experience of who has tested the sweet of VITA CONTEMPLATIVA that San Agustín's work, and particularly this time period in Casiciaco Casiciaco is influenced by the dialogue of the faith with the reason and that the same saint became himself in a prodigious compendium of these two complementary forms of approaching to the knowledge of the world and God, in a continuous and enricher dialogue.

DESCRIPTORS: *Faith and Reason, religious experience, spiritual life.*

*“Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*



* Licenciado en filosofía. Especialista en Pedagogía y Desarrollo Humano. Director de la Licenciatura en Educación Religiosa en la Universidad Católica Popular del Risaralda. willmara@ucpr.edu.co
Recepción del Artículo: 30 de Enero de 2007. Aceptación del Artículo por el Comité Editorial: 26 de Febrero de 2007.

*Aquesta divina unión
Del amor en que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo
y libre mi corazón.
Y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero”¹*

*“En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada;*

*a oscuras y segura
Por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y encelada,
estando ya mi casa sosegada;*

*en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.*

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado”²*

Ciertamente resulta temerario querer referirse, y hacerlo con justicia, a grandes hombres que tuvieron en sus vidas, sendas experiencias de amor con Dios; aún así mi ignoran-

cia es más poderosa que mi sapiencia y me obliga a emprender la tarea. Con más aliento lo hago después de haberme acercado, aunque de manera pálida, para ser fiel, por



1 Santa Teresa de Jesús, 1976

2 San Juan de la Cruz, 1994

algunos años a la vida contemplativa y al *otium liberale* concedido por lo que en un tiempo glorioso vino a llamarse el “Cenobio Getsemani”.

Si pensáramos en problemas como la verdad y la certeza, la verdadera felicidad y la filosofía, el orden del mundo y el problema del mal, Dios y el alma, ¿acaso no estaríamos tratando de dilucidar algunos de los más grandes interrogantes que ha tenido el ser humano?

En este intento de comprensión de mundo conversan sin cesar la razón y la fe en nuestras mentes y en las inteligencias de los grandes místicos que se han atrevido a abordar estos insondables asuntos. Tal fue la preocupación de San Agustín de Hipona muy especialmente en sus primeras obras después de su conversión al cristianismo.

El ejercicio místico en tanto posibilidad de participar del conocimiento trascendente y unión inefable con Dios por amor, posibilita de manera especial el poderse adentrar valientemente en el tratamiento de las verdades y problemas referidos. Podemos argüir sin temor a equivocación que el hiponense ha sido un regalo de Dios al cual se le per-

mitió acceder a esos misterios secretos derivados del Verbo.

Problemas gnoseológicos como la verdad y la certeza han sido abordados hasta el día de hoy con gran éxito al punto que hemos llegado a tener grandes claridades frente al conocimiento y su manera de operar, mas la verdad y la certeza son escurridizas como agua entre las manos y la investigación de la verdad se posesiona como la humana sabiduría que entrega, como fruto, la tranquilidad de ánimo y la vida feliz³, asunto que sigue vigente y que inquieta nuestro espíritu, problema ya investigado por Agustín en su “Contra académicos”.

La verdadera felicidad por su parte, es una búsqueda que el hombre aún no cesa de realizar; es una de las grandes tareas que se impone junto con el deseo de conocimiento y el deseo de la vida eterna⁴. Pero, ¿qué es la felicidad?, ¿acaso no es la felicidad y su búsqueda una de las mayores causas de infelicidad y desgracia? De tal suerte que este problema moral de la vida feliz adquiere gran hondura al tratarse del mismo comportamiento humano y de lo que considera ajustado o no (en su sistema de costumbres) en la búsqueda de su máximo bien.

3 Cfr. Capítulo V de “Contra académicos”.

4 Al respecto resulta interesante el texto del filósofo francés, Pascal Bruckner: *La enjoría perpetua*, en donde rastrea la extraña transformación que ha sufrido la felicidad; contra el “deber” de ser feliz, he aquí una apología de la vieja idea de la “dicha” de sobre vivir.



¿Por qué el ser y no la nada? ¿No es ésta una pregunta suficientemente existencial y angustiante? ¿Se atrevería alguien a juzgarla de innecesaria? Quien hiciera tal, júzguese así mismo por su nivel de conciencia. Estas preguntas hacen parte de una experiencia sublime de inspirada altura en conexión con las realidades eternas: la experiencia de San Agustín en Casiciaco, probablemente la actual Cassago. Contaba él en ese entonces con 32 años; se había convertido al cristianismo después de haber militado 9 años en la secta de los maniqueos y de haber trasegado en el escepticismo de los académicos. Ahora se dedicaba a la reflexión en torno a los grandes interrogantes que había tratado de resolver y que en adelante siempre lo acompañarían.

En este periodo la vida de Agustín era de recogimiento y sosiego, vida de oración y de trabajo académico; vida de contemplación filosófica en donde la amistad, el diálogo y la búsqueda de la verdad vienen a ser los fundamentos que sostienen el gran templo de la sabiduría y la prudencia que hace que un verdadero sabio y santo sea reconocido como tal.

No pudo el santo de Tagaste esca-

parse de esta gran fuerza que unía su corazón con el del amado, así como no podemos nosotros huir del ímpetu del amor, unas veces manifestado en el deseo por conocer, otras tantas manifestado por la filialidad, otras más por el gran deseo de ayudar y otras tantas simplemente por necesidad⁵.

Ya desde los inicios de la vida cristiana las experiencias de desierto y soledad le dieron gran vitalidad a la realidad mística como manera de encontrar los secretos revelados solo a través del silencio y el encuentro personal con el “trascendente”. Anacoretas y monjes orientales dedicados desde tiempos inmemoriales a dejarse encontrar de la Suma Verdad, a través de los caminos de la privación y lejanía del mundo ordinario, nos revelan el gran ímpetu que el ser humano ha puesto en este empeño.

No es por tanto menor el detalle que brota con gran fuerza en las obras, aquí referidas de Agustín, el de la amistad. En la amistad se ve reflejada el alma del amador, del que no vive para sí; así lo muestran los textos de Casiciaco en donde las disertaciones se llevaron a cabo en compañía de sus amigos de toda la vida⁶.



5 Necesidad de ser, de amar, de dar, de ser amado.

6 Era otoño del año 386... Agustín y su madre, Mónica, como personajes principales, dan calor y abrigo a aquel cenáculo, de que forman parte Navigio, hermano del santo; Alipio, el más incondicional de sus amigos de siempre, y Lastidiano y Rústico, primos suyos. Dos jóvenes estudiantes, Trigesio, veterano que dejó la vida del campamento, y Licencio, hijo de Romaniano, su favorecedor de Tagaste, llevan allí sus inquietudes culturales. También retoza por aquellos prados Adeodato. (San Agustín, Vol. I, 1951, p. 397)

En esta misma línea, en “Contra académicos”, (que está dedicado a Romaniano quien fuera su mecenas), se presentan dos referentes fundamentales como son la amistad y el diálogo mediante los cuales (desde la amistad y a través del diálogo) es posible afrontar la verdad, la belleza y la bondad: eso es filosofar; de esta manera la filosofía no es una simple forma de saber sino ante todo de vivir.

Este sentido de la amistad se puede entender más ampliamente teniendo en cuenta algunos términos usados por los griegos como son el de “*eros*” que tiene que ver con la pulsión erótica y en donde la filosofía es una erótica del saber; “*philia*”, asumido en términos de concordia para efectos de la vida humana, aquí el deseo de posesión (gozo, hallazgo) se puede entender como contemplación, el estar poseídos de la verdad; “*agapé*” como amor benevolente, caridad, en donde se goza de la concordia porque en el otro está Dios.

Aunque no es posible hacer una separación absoluta de los términos, sí se evidencia que la pulsión poderosa y arrebatadora del *eros*, transita hacia la *philia* y el *agapé* como amor de amistad y amor oblativo en el cual, y a través del diálogo, el encuentro con el amigo, con el ama-

do, conduce al gozo del sumo bien⁷.

Así, el filósofo es el “*amator Dei*”; si la filosofía es el amor a la sabiduría y la más grande sabiduría es Dios, por lo tanto el filósofo es el amador de Dios: aquí hay una gran brecha con los griegos, puesto que el amor a la sabiduría no es a las ideas o a la verdad filosófica, sino amor al Dios de Jesús, por eso para San Agustín la verdadera filosofía es el conocimiento de Dios.

De tal manera que no resulta ajustado a la verdad, criticar duramente al monje que alejado del mundo busca la soledad para encontrarse con El Amigo. Alejarse del mundo no es ignorarlo como si no existiera, es dudar que su existencia sea el sustento de la propia, pues la propia es dadora de sentido. La amistad con El Amigo es la relación más enriquecedora en la búsqueda de la Verdad, ¿Cómo entonces se vitupera a aquel que se retira a conversar con El?

De la anterior relación resulta y resalta la importancia del diálogo en el encuentro del conocimiento e iluminación de la realidad. Diálogo consigo mismo, diálogo de miradas al interior de sí mismo, diálogo con El Amado. La experiencia del diálogo como dador de sentido y de ver-

⁷ En la carta encíclica de S.S. Benedicto XVI: *Deus caritas est*, especialmente en los numerales 3 al 8, se hace una bella referencia al tránsito del *eros* al *agapé* como novedad esencial del cristianismo frente al pensamiento griego.



dad; aún en el arrobamiento, como expresión máxima del misticismo, el diálogo resulta imprescindible. En la contemplación del Amado se establece un diálogo interminable de adoración sin el cual no sería posible dicha contemplación, no hay contemplación sin contemplado, no hay diálogo sin amigo.

Tampoco hay verdad sin buscador. No hay verdad para quien no desea hallarla, ni se revela un misterio a quien no lo busca o desea. La pesquisa de la verdad es tal vez la mayor pista de lo que significa la vida buena.

Este periodo de retiro a Casiciaco al que estamos haciendo mención (septiembre 386- marzo 387), es un periodo de calma, animado por la pasión de la verdad. Además de sus amigos, su madre y su hijo Adeodato, hacían parte de los conversatorios y diálogos filosóficos cuyos temas preferidos fueron: la verdad y la certeza (*Contra Académicos*), la verdadera felicidad y la filosofía (*De vita Beata*); el orden Providencial del mundo y el problema del mal (*De Ordine*); Dios y el alma (*Soliloquia, De immortalitate animae*)⁸.

Los diálogos de Casiciaco pueden entenderse como el fruto de las reflexiones que el hiponense se hacía con referencia a los grandes problemas filosóficos que venían preocupándole: el problema metafísico de Dios y del alma, el gnoseológico de la verdad y el moral de la vida feliz; asuntos, como se puede notar, eminentemente filosóficos que aún hoy siguen afectando el mundo contemporáneo.

Las reflexiones en Casiciaco son también el fruto de las búsquedas que de antaño venía haciendo el santo en la filosofía, sobre todo la platónica que conocía por antologías traducidas en el momento y en la lectura de los clásicos⁸. Sin embargo el estudio de la filosofía tenía para el santo una connotación contemplativa, puesto que es en la contemplación en donde se revelan las claridades que el hombre busca⁹.

Debe entenderse además que Casiciaco es una vuelta al *otium liberale* o *Bios theoretikos*, lo que los latinos tradujeron como *vita contemplativa*. San Agustín entendía el *otium vitae christianae* como oración, estudio y trabajo, por este



8 “No es fácil precisar todo el contorno de la cultura clásica de San Agustín. Sin duda leyó cuanto pasó por sus manos, mayormente los clásicos latinos, cuyas huellas se reconocen en sus libros: Virgilio, Cicerón, Salustio, Horacio, Varrón, Apuleyo, Terencio, Quintiliano... De los autores griegos conoció a Homero, si bien la dificultad de comprender su lengua rociaba como hiel la suavidad de las fabulas griegas, según dice el santo. De Aristóteles leyó muy poco, tal vez las *Perihermeneias* y los *tópicos*, y a Platón conoció por sus discípulos, los neoplatónicos. Mas este conocimiento de los clásicos de la literatura y filosofía fue siempre progresivo”. (San Agustín, Vol. I, 1951, p. 6).

9 La contemplación como ejercicio místico no reduce su actividad solo a la relación con la divinidad sino que también se hace necesaria en planos diferentes en la aplicación a tareas como el estudio, la música, las artes, entre otros.

motivo el trabajo hace parte del *otium* cristiano. Se nota claramente la gran diferencia con lo que hoy hemos venido a entender como el ocio, ya que no se trata de estar relajado sin actividad demandante alguna, sino que por el contrario, el ocio al cual se entregan los contemplativos, implica un ejercicio y movimiento constante del espíritu que tiende hacia su Amado; de tal suerte que la oración y la contemplación no son de ninguna manera pasividad sino profunda actividad y combate interior, tensión permanente, trabajo de perfeccionamiento interior.

Esta filosofía que se ordena en torno a la búsqueda de la sabiduría y de la vida feliz se equipara también a las genuinas búsquedas de los filósofos antiguos y San Agustín en Casiciaco era un dialéctico recién convertido con todo el bagaje y los problemas filosóficos de su tiempo:

“Luego, la miseria del alma es la estulticia, contraria a la sabiduría como la muerte a la vida, como la vida feliz a la infeliz, pues no hay término medio entre las dos. Así como todo hombre no feliz es infeliz y todo hombre no muerto vive, así todo hombre no necio es sabio” (San Agustín, De Beata Vita, 1951, p. 657).



“Y si me preguntáis qué es la sabiduría – concepto a cuya exploración y examen se consagra la razón, según puede, ahora -, os diré que es la moderación del ánimo, por la que conserva un equilibrio, sin derramarse demasiado ni encojerse más de lo que pide la plenitud” (San Agustín, De Beata Vita, 1951, p. 663).

Aunque en esta dialéctica se hace evidente en el santo la concepción clásica de virtud moral entendida como posición intermedia entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto, sin embargo el acontecimiento de la conversión le da un toque particular a las reflexiones agustinianas puesto que si bien es



cierto, partía de las concepciones griegas y latinas y de sus problemas filosóficos fundantes, también es cierto que el hiponense resignifica estas concepciones y les da un giro cristiano poniendo como fundamento de toda búsqueda de felicidad y plenitud a Dios como fuente infinita de toda verdad y bien del hombre en el mundo:

“¿Pero qué es la sabiduría de Dios sino la verdad? Porque El ha dicho: *Yo soy la verdad*. Mas la Verdad encierra una Suprema Medida, de la que procede y a la que retorna eternamente. Y esta Medida suma lo es por sí misma, no por ninguna cosa extrínseca. Y siendo perfecta y suma, es también verdadera Medida. Y así como la Verdad procede de la Medida, así ésta se manifiesta en la Verdad. Nunca hubo Verdad sin Medida ni Medida sin Verdad. ¿Quién es el hijo de Dios? Escrito está: la Verdad. ¿Quién es el que no tiene Padre, sino la suma Medida? Luego el que viniere a la suprema Regla o Medida por la Verdad es el hombre feliz. Esto es poseer a Dios, esto es gozar de Dios” (San Agustín, *De Beata Vita*, 1951, p. 665).

Para el Santo las actitudes de equilibrio en todos los ámbitos de la vida humana constituyen la virtud a través de la cual se alcanza la felicidad

que es el bien supremo y fin último del hombre, por lo tanto la virtud de la sabiduría es la más excelsa virtud del ser humano. Es verdaderamente sabio quien posee a Dios y tal posesión es causa de verdadera felicidad.

No es felicidad que produce infelicidad, aquella que entre más se busca, más se aleja, que es la felicidad vaga y mediocrementemente pretendida, la de los afanes cotidianos, la de los beneficios inmediatos, la ensordecedora de nuestros dolores, no, es la felicidad de contemplación del amado, un ejercicio que entendido fuera de la realidad mística se confunde con la locura y la embriaguez.

¿Es posible que la fe y la razón dialoguen¹⁰ en la búsqueda conjunta de la verdad? Fue una de las preocupaciones del Santo en Casiciaco.

Se puede comentar aquí la importancia que da San Agustín a la vía de la razón como posibilidad de conocer el mundo y llegar a la verdad. Esta “vía exterioritatis” es el camino exterior por medio del cual el hombre se puede acercar al mundo como un maravilloso libro de revelaciones del Creador. En este sentido el enfrentamiento con los académicos fue fuerte y decisivo; ellos argüían que no es posible al



10 En tanto *dialogus* (construye puentes) y no *diabolus* (rompe los contactos)

hombre, en este mundo, llegar al conocimiento de la verdad puesto que los sentidos son engañosos y la ocultan, por lo tanto el hombre ha de contentarse con verdades parciales y verosímiles.

Si nos atenemos a estas apreciaciones de los académicos tendríamos que concluir que la búsqueda del bien sería una búsqueda sin puerto seguro, en donde todos los acercamientos que hiciéramos sobre él tendrían la categoría de verosimilitudes, es decir, no podríamos encontrar la noción de bien ya que no habría ninguna categoría que sirviera al hombre como paradigma del mismo.

San Agustín saldrá al paso a estas contiendas argumentando que sí es posible por medio de la razón conocer la naturaleza y su verdad¹¹ y que los sentidos no engañan al hombre; lo que sucede es que el juicio sobre las percepciones no es el adecuado.¹² En nuestros días el solo término de “verdad” produce escozor en muchos espíritus recios, aún así, esta disputa dibujada en los tiempos de Agustín con los académicos pervive en la actualidad y no parece tener fin.

Otro encuentro interesante, es el del *fallor* (*Si enim fallor, sum*¹³) de San

Agustín y el *cogito* (*Cogito, ergo sum*¹⁴) de Descartes que se menciona sólo como referencia, con el propósito de mostrar que mientras la intención de Descartes era la de hacer inteligible las cogitaciones del cogito, San Agustín en cambio, no está interesado en hacer inteligible el ser sino en mostrar cómo las cosas y el mundo tienen su fundamento en Dios; es decir, el entendimiento puede acceder hasta cierta parte y hacer inteligible al ser, pero asistido por la fe, puede llegar a la contemplación de la verdad más allá de la certeza de la existencia como condición del pensar. ‘Si yo pienso, necesito existir y si yo existo, es evidente que puedo pensar’ (Cfr. Soliloquia L II, 1,1). La evidencia del yo es una certeza en la cual el dudar de la existencia ya es una certeza de la misma. “¿Sabes a lo menos si vives? – le pregunté al verlo titubeando. – lo sé. – luego sabes que tienes vida, pues nadie puede vivir sin vida” (De Beata vita 2,7).

Si se hace una comparación sencilla pero atenta entre el ‘*si enim fallor, sum*’ y el ‘*cogito, ergo sum*’ encontramos que el fondo del ‘*si enim fallor, sum*’ es toda una teoría de la creación y de la iluminación, mientras que el fondo del ‘*cogito, ergo sum*’ es una subjetividad racional.



11 *Contra Academicos*, II, 9, 23

12 Se recuerda que para este tiempo la noción de verdad que opera es la de “*adaequatio intellectus ad rem*” -adecuación del intelecto a la cosa-.

13 Si me engaño, soy, existo.

14 Pienso, luego existo.

Si el encuentro con la verdad no fuera posible, ¿cómo podría hallarse sentido a la vida? ¿Cómo podrían encontrar soporte las construcciones como la metafísica, la matemática, la estética, la ética sobre las cuales el hombre ha abordado e interpretado su mundo? Sofocar este empeño es sin duda acabar con la posibilidad cierta de encontrarse cara a cara con la verdad.

De tal manera que en su *Contra Académicos*, San Agustín defiende la luz de la razón como camino válido para que el hombre señoree responsablemente el mundo que lo rodea y por ésta puede andar seguro de que alcanzará la verdad.

Otro tanto podremos decir de los *Soliloquia* en los que, en un diálogo íntimo entre una voz interior, (la razón) y el propio Agustín, quiere el santo conocer solo dos cosas: al alma y a Dios¹⁵.

Para llegar a este conocimiento, ‘el orante de Cassiciaco’ se adentra en disquisiciones profundas con ilaciones agudas, en las que cree que entre el alma y Dios hay una gran conexión y que son como ‘dos luces hermanas que mutuamente se ayudan y se iluminan’. En esta ayuda mutua sin embargo, el Santo hace distinción de gra-

dos pues una es la manera como conoce e inquiera el filósofo y otra como lo hace el creyente. Lo que sí aparece claro es que siguen siendo luces que ayudan al hombre a encontrar la claridad definitiva de la verdad.

Mas allá de la ayuda y de la complementariedad que puedan existir entre la razón y la fe ellas guardan sus distancias en cuanto a posibilidad de conocimiento de las cosas del mundo y de Dios. Así comenta el santo en *Soliloquia*: “Interésame esta analogía y me induce a afirmar que cuanto distan en su esfera el cielo de la tierra, otro tanto aquellas verdades seguras y ciertas de las disciplinas distan de la majestad inteligible de Dios”¹⁶ y dice a continuación la razón: “Es razonable tu interés. Pues te promete la razón, que habla contigo, mostrarte a Dios como se muestra el sol a los ojos”¹⁷.

Estas comparaciones, que siguen siendo ejercicios retóricos del santo aún después de haber dejado su cargo de *rétor* en la universidad de Milán, son preciosas analogías que algunos autores posteriores¹⁸ tomarán para comparar la maravillosa y eterna luz de Dios y su verdad con la limitada y pasajera razón del hombre.



15 *Soliloquia* L I, 2,7

16 L I, 5,11

17 L I, 6,12

18 Se puede tener en cuenta aquí 2S 14, 9 de la *Subida del Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz que hace una analogía hermosísima llena de encanto espiritual y grandeza de entendimiento sobre el rayo de sol que entra por la ventana aludiendo a que la luz no es propio objeto de la vista, sino el medio con el que ve lo visible. De la misma manera acaece acerca de la luz espiritual en la vista del alma, que es el entendimiento.

Por esto San Agustín piensa que la razón es la mirada del alma,¹⁹ pero que esa mirada o razón necesita estar seguida de la virtud, puesto que ‘no todo el que mira ve’ y la visión o ‘mirada buena y perfecta’ constituye la virtud que a su vez es ‘la recta y perfecta razón’; ahora, el conocimiento o contemplación requieren de las tres virtudes “la fe, creyendo que en la visión del objeto que ha de mirar está su dicha; la esperanza, confiando en que lo verá si mira bien; la caridad, queriendo contemplarlo y gozar de él”.²⁰ Se deduce que esta razón por la cual se le concede al hombre el conocimiento de Dios es una razón que en San Agustín constituye un don, un regalo del mismo Dios.

La indagación que a través del ejercicio intelectual hace San Agustín comporta el esfuerzo íntimo de un hombre que se hace consciente de su condición de criatura y que con la fuerza inquisitiva de la razón no puede llegar al corazón de la verdad eterna que busca, puesto que las verdades eternas no son penetradas por esta poquísima luz que al hombre le es concedida y que aunque no poca grandeza es contar con tal riqueza otorgada por Dios para conocer el mundo, también es cierto que resulta insuficiente ante los misterios de la eterna verdad.

Es evidente en los *Soliloquia* cómo permanece ardiente la llama de la búsqueda de la sabiduría de nuestro santo, búsqueda que se expresa, guardando sus proporciones, en estas dos maneras de conocer: fe y razón.

En este sentido la *filocalia* como amor a la belleza y la filosofía como amor a la sabiduría se dan un abrazo fraternal pues la verdad es el gozo del Sumo Bien.

Así que son la fe y la razón dos grandes categorías que juntan sus intereses en San Agustín para llegar al deleite de Dios, al ejercicio místico del ‘*gaudium veritate*’, anhelo de cualquier filósofo e inquietud de todo ser que va en búsqueda del bien y la verdad, actualizado, contextualizando o resemantizando; ahondando en el conocimiento de nuestra cultura, deconstruyendo nuestra realidad cambiante y reconociendo que en nuestros corazones siguen latiendo con fuerza la búsqueda de la verdad y el bien, de la verdadera felicidad, del orden providencial del mundo y del conocimiento de Dios y el alma.

“Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. *Cuando el hombre cree acabar, entonces principia*” (De Trinitate IX, 1,1).

19 *Soliloquia* L I, 6,12

20 *Ibid*



BIBLIOGRAFIA

DE JESUS, Santa Teresa. *Obras completas*. Segunda edición. Madrid: EDITORIAL DE ESPIRITUALIDAD., 1976. 2223P.

DE LA CRUZ, San Juan. *Obras completas*. Decimocuarta edición. Madrid: B.A.C., 1994.1149 p.

DESCARTES, René. Discurso del método y Meditaciones metafísicas. Edición de Olga Fernández Prat, traducción de Manuel García Morente. Madrid: Tecnos., 2005. 239p.

DOCUMENTOS INSTITUCIONALES UCPR. Misión, Visión, Proyecto Educativo Institucional.

MALTUS – PIO VIII. Enciclopedia de la religión Católica. Tomo V. Barcelona: DALMAU Y JOVER, S.A Ediciones, 1953. 1583p.

SAN AGUSTIN. De beata Vita: en edición bilingüe. Vol. I. Segunda edición. Madrid: B.A.C.,1951. 822 p.

_____ De immortalitate animae en edición bilingüe. Vol. II. Segunda edición. Madrid: B.A.C.,1951.

_____ De Ordine: en edición bilingüe. Vol. I. Segunda edición. Madrid: B.A.C.,1951. 822p.

_____ Soliloquia: en edición bilingüe. Vol. I. Segunda edición. Madrid: B.A.C.,1951. 822 p.

_____ Contra académicos: en edición bilingüe. Vol. III. Segunda edición. Madrid: B.A.C.,1951. 1048 p.

_____ De Trinitate: en edición bilingüe. Vol. V. tercera edición. Madrid: B.A.C., MCMLXVIII. 752Pp.

SOTO, P. Gonzalo. San Agustín: Sobre la felicidad. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2003. 90p.

S.S. BENEDICTO XVI. Deus caritas est. Santafé de Bogotá D.C.: Editorial Paulinas, 2006. 55p.

S.S. JUAN PABLO II. *Fides et Ratio*: sobre las relaciones entre fe y razón. Santafe de Bogota D.C.: Editorial Paulinas, 1999. 169 p.

